

## El señor y la señora

□ David Ojeda

**L**a pareja está absorta en la contemplación, unida en el abrazo: él, con la copa de cristal cortado finamente, con paciencia, saborea el aroma del cognac y percibe la fuerza de su brazo que rodea a la mujer por la cintura esbelta y blanca bajo los ropajes blancos; ella, sosegada, inmóvil, entreabriendo la boca para mostrar a medias sus dientes pequeños, brillantes y bien hechos, sensuales hasta el absurdo. Allá lejos, los campos arden. El señor se sabe protegido y con sus ondulados vellos rubios otorgándole un aspecto bíblico a su barba no está fuera de tono, como tampoco lo está la hierba verde, fotogénica, que rodea la ventana del castillo a través de la que él observa tranquilo, ajeno al temor, mientras se aprieta a la señora de largos cabellos dorados, de largas piernas suaves y redondas, de largos deseos de belleza perdurable. Señora unida a él, pegada completamente a él. Las llamas no se apagan, antes bien, avanzan a la aldea. Entonces el villano se acerca al castillo, se cubre de hierbas para no ser visto y cuenta los pasos, prepara el garfio.

La pareja se sume de nuevo en sus pensamientos, medita cómodamente tras el pedazo de papel que los encierra frente a mí. Están despreocupados, el garfio no desgarrará el cartón en donde guardo mis papeles, fotografía como las amarillas de familia, como las de los periódicos, como otra forma de muerte o de vida. Pedazo de papel en el que no se nota su final, en el que parece imposible que ellos cobren vida repentinamente y que el cutis tan rosado de la señora deba mancharse de sangre sólo

por un paso más que demos mi compañero y yo, atisbando ambos entre la hierba que rodea al castillo, en espera de que los demás aldeanos salgan de sus casas atacadas por el fuego; por ello, les gritamos desde nuestro sitio de manera que el señor y la señora no nos escuchen, aunque no ignoramos que tamaña precaución es inútil porque ellos, en el fondo, desean vernos llegar y aniquilarnos frente a frente. Sí, aún tienen su altanería y quizás hasta se atrevan a ordenar que nos arrodillemos para recibir con resignación nuestro castigo. Sin embargo mi compañero y yo nos sonreímos porque es cierto, sin duda, que el tiempo cuenta a nuestro favor, que la decadencia de la pareja (sus agotadores juegos sexuales, sus comidas y su desgano) inclina el triunfo a nuestro lado. Atrás, en la aldea, las llamas bailan alrededor de cada casucha construida con cartones y madera. Los aldeanos, en silencio, sin ningún movimiento superfluo que refleje pánico retiran del fuego los tanques de gas de sus cocinas y aprietan los dientes guardando el odio y las fuerzas para el otro día. El reflejo del incendio se ve desde el confín de la comarca. Los animales contemplan asustados en el bosque. El garfio ya da vueltas por el aire. En la villa se agrupan los aldeanos.

—Y los bomberos que no trabajaron —afirma un hombre— y el incendio... chingada madre.

—No compañero, cuáles bomberos, mejor pregúnteme quién ordenó que nos dejaran en la calle dizque por paracaidistas y le hablaré del señor y la señora— responde otro con la mirada perdida rumbo al norte, clavada, tal vez, en la silueta oscura de las torres del castillo.

El garfio zumba. Los guardianes han abandonado toda precaución por gozar el espectáculo de villa pico séptimo acosada por el calor, por el infierno; no adivinan que ya no es como antes, cuando el señor ordenaba desalojar a los invasores de sus tierras y sus siervos temblaban. Ahora, unos cuantos, por allí, iluminados de rojo, levantaban los brazos con el puño cerrado, con la totalidad de su fuerza desencadenada, y por medio de altavoces piden la venganza y anuncian el fin del señor y la señora que tan bien comidos como parecen es porque guardan en su estómago los alimentos que ellos les consiguieron con su trabajo, con su hambre sostenida en las jornadas diarias de sol a sol, sembrando en los campos del señor, trabajando en los telares de la señora, levantando las cosechas del señor, acatando los caprichos de la señora; y ay de aquél que desobedeciera porque entonces, sin previa advertencia, el cura lo sumía en el infierno y el guardabosques lo apaleaba y el señor y la señora inclinan el pulgar para proseguir después bebiendo champagne y cognac, bañándose desnudos en el vino.

Al quedar colocado el garfio sobre el muro del castillo ya mi compañero y yo comprobamos que no existía equivocación, que no hay necesidad de héroes o caudillos pues cada uno de los que participamos en el asalto conocemos a la perfección los sigilosos movimientos que hemos de efectuar: apoyar firmemente los pies en el muro e ir subiendo con el esfuerzo de nuestras manos, el puñal seguro en la cintura, todo como lo hemos aprendido, como le hemos preparado. Sin hablar nos comunicamos la seguridad del triunfo con el brillo en los ojos. La alegría del fin de tanta espera nos cosquillea en las manos. Señor y señora, absortos todavía, miran a lo lejos el siniestro, imaginándose imperturbables las noticias que contendrán sus cartas para los otros señores: "La villa 2 de octubre, último reducto de los bandoleros invasores de nuestras tierras, desapareció anoche a causa de un incendio". Luego, sin ningún comentario, sienten que es hora de dormir y se dirigen a sus habitaciones a través de pasillos inacabables, flanqueados de armaduras brillantes y cofres repletos de monedas, contando mentalmente y con avidez sus pertenencias. Yo los miro retirarse

de la fotografía y me desentendiendo de ellos para seguir la discusión acerca de las defensas ideológicas que el sistema crea para su salvaguarda y sí, estoy de acuerdo magister, los aldeanos sujetos por todos lados con la tele y los periódicos, justificando desesperadamente el derecho de pernada y los impuestos y el trabajo en las tierras del señor y en los telares de la señora y entonces vuelvo a escuchar a mi compañero susurrarme que yo debo aniquilar al guardia de mi derecha y en silencio lo haces, con tu puñal y tápale la boca, yo me encargaré del otro.

—Sí compañero —le respondo— pero después qué.

—Matas todo guardia que puedas mientras localizamos los aposentos del señor y la señora.

—Ah, ¿y los demás? —le pregunto mientras los demás aldeanos siguen trepando por la cuerda para desperdigarse en silencio por el castillo.

—Ellos no ignoran —dice— las bombas molotov, tú sabes.

—Sí compañero.

La lucha es la muerte, sin misericordia, hasta alegre por nuestra parte únicamente de imaginar las caras de sorpresa de la pareja cuando nos descubran a un lado de su cama enorme y mullida, jadeantes, llenos de sudor, con los puñales en las manos. Los pasillos nos parecen increíblemente largos y lujosos. Antes de dar con la habitación de los señores abrimos varias puertas a las recámaras de los invitados extranjeros que ahogan sus grititos de asombro con una mano en tanto que pudorosamente cubren con la otra su desnudez; luego a las recámaras de los amantes de la señora, de las amantes del señor; al aposento del bufón estúpido y a las recámaras de los consejeros que aún trabajan y elaboran más noticias y leyes, preparan tratados y alientan a las televisoras. Al fin, al abrir una puerta descubrimos al señor y a la señora alertas, preparando las órdenes pertinentes para el rescate de sus tesoros. Al vernos reaccionan confiadamente.

—Buena noche les dé dios caballeros —nos dicen a pesar de contemplarnos empuñando nuestras armas.

Nosotros, sin contestar, avanzamos paso a paso.

—Cincuenta monedas de oro a cada uno y un

---

lugar en palacio si controlan a la gente —nos gritan ya perdiendo la calma.

Mi compañero y yo no escuchamos, hacemos un recuerdo de los años pasados y nos acercamos más a la pareja que parece intuir su muerte y se abraza; nosotros levantamos los puñales y con un elegante movimiento de muñecas les rebanamos el cuello. Ella cae enseguida y queda doblada sobre la alfombra machándola de rojo; él aún tiene fuerzas para asirse al borde de un gran gobelino, sin embargo cae también salpicándonos de sangre.

Mi compañero observa fijamente los cadáveres

mientras la recámara se llena de aldeanos silenciosos, fieros; enseguida levanta un brazo blanco de la señora muerta y lo sostiene, luego lo deja caer y produce un ruido sordo que nos sobresalta. Yo miro las paredes con retratos de las ascendientes de noble sangre y entonces retorno al momento de la discusión y a la fotografía; en ella la pareja continúa inmóvil pero ya sé que la sangre, la verdadera, manchará las alfombras y ensuciará las sandalias de los aldeanos aunque ahora el señor y la señora fotografiados aparenten tranquilidad al contemplar el fuego y el desamparo de los paracaidistas.